

FRANCESC RAMIS DARDER

# ISAÍAS 40-66

Comentarios a la  
Nueva Biblia de  
Jerusalén



**Desclée De Brouwer**

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	9
INTRODUCCIÓN GENERAL .....	15
1. Marco histórico del desarrollo y redacción de la profecía de Isaías.....	16
2. Contenido y estructura de los caps. 40-66.....	30
3. Conclusión.....	37

## COMENTARIO

CAPÍTULO 1: PRÓLOGO DEL SEGUNDO ISAÍAS (40,1-11) .....	41
CAPÍTULO 2: EL COMBATE DE YAHVÉ CONTRA LOS ÍDOLOS (40,12 - 44,23).....	57
CAPÍTULO 3: LA INTERVENCIÓN DE DIOS EN LA HISTORIA (44,24 - 48,22).....	129
CAPÍTULO 4: EL MISTERIO DEL SUFRIMIENTO REDENTOR (49,1 - 53,12).....	171
CAPÍTULO 5: LA NUEVA JERUSALÉN (54,1-17).....	225
CAPÍTULO 6: EPÍLOGO DEL SEGUNDO ISAÍAS (55,1-13).....	237
CAPÍTULO 7: PRÓLOGO DEL TERCER ISAÍAS (56,1-8) .....	247

<b>CAPÍTULO 8: EL PECADO DEL PUEBLO Y EL PERDÓN OFRECIDO POR YAHVÉ (56,9 - 59,21)</b> .....	255
<b>CAPÍTULO 9: JERUSALÉN, METÁFORA DE LA INTERVENCIÓN SALVADORA DE DIOS (60,1 – 62,12)</b> .....	289
<b>CAPÍTULO 10: ISRAEL, EXPECTANTE ANTE LA INTERVENCIÓN DE DIOS (63,1 - 64,11)</b> .....	319
<b>CAPÍTULO 11: EPÍLOGO DEL LIBRO DE ISAÍAS (65,1 - 66,24)</b> .....	335
<b>BIBLIOGRAFÍA BÁSICA</b> .....	359

## PRESENTACIÓN

*“La Palabra de nuestro Dios  
permanece para siempre” (Is 40,8)*

El libro de Isaías ofrece un sentido teológico global y coherente. La obra describe el proceso de conversión del pueblo hebreo, con la intención de insertar en el ánimo del lector la decisión de emprender la senda de la conversión. El texto comienza presentando la realidad perversa del pueblo idólatra (1,2-9.10-17) y concluye señalando el esplendor de la comunidad convertida que atrae a todas las naciones a Sión para adorar a Yahvé (66,18-23). Entre el inicio del libro y su conclusión figura el cuerpo de la obra (1,18 - 66,17), que señala el itinerario de conversión que transforma a la nación pecadora en la comunidad que proclama la gloria de Dios.

Aunque el texto isaiano manifieste un sentido unitario, los comentaristas han destacado la presencia de tres secciones mayores: Primer Isaías (1-39), Segundo Isaías (40-55) y Tercer Isaías (56-66). Cada una de las secciones repite, en cierta medida, el esquema global del libro.

El Primer Isaías comienza señalando la maldad del pueblo (1,2-17), para destacar en el llamado “Apocalipsis menor” la derrota de los malvados (34,1-17) y el triunfo del pueblo redimido (35,1-10). El cuerpo del libro describe la senda por la que discurre el itinerario de conversión recorrido por el pueblo (1,18 - 33,24). El Primer Isaías incluye, además, un apéndice histórico, preferentemente redactado en prosa (36-39), que enfatiza la eficacia de la intervención de Yahvé

a favor de su pueblo (36-38), y sugiere los avatares del exilio que ensombrecerán más tarde el alma de la comunidad hebrea (39,1-8). Desde la perspectiva literaria, el apéndice histórico prepara el ánimo del lector para la comprensión del contenido de 40-66; pues, tras la lectura del apéndice, el lector renueva la certeza en la actuación salvadora del dios israelita (36-38), y ubica el desencanto del pueblo en la situación originada tras el exilio de Babilonia (39,1-8).

El contenido de 39,6-7 deja en el ánimo del lector el poso amargo del recuerdo del sufrimiento del pueblo exiliado. La Escritura revela que el dolor del destierro constituye el castigo del pueblo por la contumacia de sus pecados. El sufrimiento del exilio constituye la metáfora que desvela el oprobio del pueblo mendaz. Por eso, el Prólogo del Segundo Isaías (40,1-11) describe la realidad del pueblo pecador bajo la metáfora de la hierba seca y la flor marchita (40,7), mientras el Epílogo (55,6-13) ensalza la grandeza del pueblo transformado, representado por la simbología triunfante del mirto y el ciprés (55,13). El cuerpo del libro señala cómo la fuerza de la Palabra de Dios ha llevado a término, a lo largo de cuatro etapas, la transformación del pueblo ajado en la comunidad que da testimonio de la grandeza de Yahvé. La entereza de la Palabra derrota el falso poder de los ídolos (40,12-44,23). El poder de la Palabra suscita a Ciro (44,24 - 48,22), el mediador de Yahvé para liberar a los exiliados en Babilonia. La fortaleza de la Palabra presenta al Siervo como el mediador de la intervención de Yahvé para restaurar su alianza con el pueblo y extenderla a las naciones (49,1 - 53,12). Finalmente, el vigor de la Palabra actúa para desplegar la grandeza de Jerusalén hasta convertirla, entre las naciones, en el testimonio de la actuación redentora de Yahvé (54,1-55,5).

Aunque el Primer y Segundo Isaías afirman que los extranjeros gozarán de la redención ofrecida por Yahvé (19,16-25; 54,1-3), es el Tercer Isaías quien, de forma eminente, asocia a los extranjeros al proyecto liberador que Dios ofrece a la humanidad entera. El Tercer Isaías se refiere a los extranjeros denominándolos “siervos” (56,6), el mismo título que la profecía confiere a los israelitas fieles (54,17). El Prólogo del Tercer Isaías anuncia la inminente salvación que está por llegar, e invita al pueblo y a los extranjeros a gozar de la dicha del Señor (56,1-8). El cuerpo del libro desvela el proceso por medio

del cual la nación pecadora se convierte en la comunidad fiel a Yahvé (56,9 - 64,11). Finalmente, el epílogo señala cómo el pueblo y las naciones que han abrazado la conversión se reúnen en Sión para adorar al Señor (caps. 65-66).

El contenido de 65,1 - 66,24 constituye el epílogo del Tercer Isaías, pero también culmina el mensaje de 40-66 y de todo el libro (1-66). La obra isaiana comienza relatando la existencia del pueblo idólatra que practica el culto que Dios rechaza (1,2-17) y concluye señalando la identidad del pueblo transformado que, junto a las naciones, adora al Señor en Sión (66,18-23).

El sentido de la profecía de Isaías no estriba sólo en relatar el itinerario de conversión ofrecido al pueblo hebreo en tiempos antiguos. El texto invita al lector a iniciar la senda de la conversión para que, huyendo de las garras de los ídolos, pueda gozar de la dicha del Señor.

Como indicábamos en la introducción del primer volumen (1-39), nuestra intención estriba en ofrecer un comentario global al libro de Isaías que permita al lector la comprensión del mensaje del profeta. El primer volumen abarca el Primer Isaías (caps. 1-39), mientras el segundo comenta el Segundo Isaías (caps. 40-66) y el Tercer Isaías (caps. 56-66). Comentamos el texto desde la perspectiva sincrónica, pero tenemos en cuenta la diacronía cuando lo requiere el análisis del relato. Nuestro comentario se entreteje a partir de seis criterios complementarios:

a. El *texto* del libro de Isaías que presentamos es, básicamente, el que figura en la *Nueva Biblia de Jerusalén* (1998). Las modificaciones realizadas figuran impresas en letra cursiva. Junto a la traducción aparecen otras posibilidades de comprensión aportadas por otras traducciones castellanas, o presentes ya en las versiones antiguas, latinas y griegas.

b. Consideraremos la *globalidad del libro de Isaías*: 1-66. El comienzo del libro destaca el culto que Dios no soporta (1,10-20), para mostrar, al final, la identidad del pueblo convertido que atrae a todas las naciones a Jerusalén para adorar a Yahvé (66,18-22). Nuestro comentario desea invitar al lector a comenzar el proceso creyente que implica el hecho de adentrarse en la senda de la conversión.

c. El libro de Isaías presenta un sentido global, pero es el resultado

de un dilatado *proceso de redacción*. El comentario no puede olvidar el proceso literario y teológico mediante el que la obra isaiana ha tomado forma; por eso, tendremos en cuenta, mientras sea posible, las diversas relecturas de los acontecimientos que realiza el texto isaiano.

d. El libro de Isaías nace en el seno de la corriente literaria y teológica que origina el AT. Por esa razón consideraremos las analogías que el texto profético presenta con *otros libros del AT*. Tendremos en cuenta, para esa tarea, las referencias bíblicas que presenta en el pie y en el margen de página la *Nueva Biblia de Jerusalén* (1998).

e. La percepción del *género literario* de una obra es fundamental para su comprensión. La prosa y la poesía del libro, más que describir la realidad, la sugieren. El *contenido teológico* del libro aparece, sobre todo, tras la multitud de metáforas y símbolos que lo surcan. Tendremos especial cuidado en desentrañar las sugerencias teológicas que laten tras las metáforas.

f. Desde la perspectiva cristiana, el AT halla su *plenitud en el NT*. Observaremos las relecturas que el NT realiza del texto isaiano, especialmente en lo que ilustra la persona y el mensaje de Jesús de Nazaret.

Los seis criterios enunciados iluminan la perspectiva teológica del comentario tanto en el primer tomo (1-39) como en el segundo (40-66). Concretamente el comentario de 40-66 se estructura en los tres apartados siguientes:

#### A. Introducción general.

Con la intención de no repetir la información contenida en el primer volumen (1-39), la introducción referente a 40-66 se ciñe a tres aspectos concretos. En primer lugar explica brevemente los acontecimientos que trenzaron la historia del pueblo entre la ascensión del Imperio babilónico y el ocaso del Imperio persa. En segundo lugar, expone sumariamente la estructura de 40-66. A modo de conclusión, la introducción atisba la repercusión del texto isaiano en el NT.

#### B. Comentario.

El comentario se realiza *perícopa a perícopa*, teniendo en cuenta generalmente el orden propuesto en la *Nueva Biblia de Jerusalén*. En primer lugar, ofrece la traducción acompañada de un breve aparato

textual; y, en segundo término, comenta el texto considerando las aportaciones contenidas en las notas de la *Nueva Biblia de Jerusalén*.

### C. Bibliografía.

La bibliografía referente al libro de Isaías y concretamente a los caps. 40-66 es inmensa. Presentamos, después del comentario, un breve elenco bibliográfico básico, para que el lector pueda ahondar en la comprensión del mensaje de los caps. 40-66, en el conjunto del libro de Isaías.



## INTRODUCCIÓN GENERAL

La introducción al primer volumen de nuestro comentario al libro de Isaías (caps. 1-39) presentaba básicamente la información necesaria para comprender el mensaje del profeta del siglo VIII a.C. Tras reseñar el marco histórico en que se desarrolló la misión del profeta, ofrecía una semblanza de la vida de Isaías y sintetizaba, a partir de los datos bíblicos, el contenido de su mensaje. La introducción al segundo volumen, concerniente al Segundo y al Tercer Isaías (caps. 40-66), contiene dos apartados. El primero describe sucintamente la panorámica histórica que abraza el arco que se inicia con la ascensión del Imperio babilónico y acaba con el ocaso del Imperio persa. La exposición permite situar, en el seno de los acontecimientos, el desarrollo de la profecía isaiana; debemos tener en cuenta que la historia de la redacción global del libro de Isaías ya fue comentada en el primer volumen (Is 1-39), razón por la que no volveremos a repetirla. El segundo apartado ofrece la estructura de los caps. 40-66 y describe sintéticamente su contenido teológico. Al final de los dos apartados aportamos una breve conclusión que proyecta el sentido del texto isaiano en el NT. La introducción del primer volumen (caps. 1-39) contenía, además, el estudio del texto hebreo y de las versiones antiguas del libro, y describía la historia de la investigación sobre la obra isaiana, razón por la que en el presente comentario omitimos esta información.

## 1. MARCO HISTÓRICO DEL DESARROLLO Y REDACCIÓN DE LA PROFECÍA DE ISAÍAS

La descripción del arco histórico que comienza con la ascensión de Babilonia y concluye con el ocaso del Imperio persa tiene un objetivo preciso. Desea situar al lector en el ámbito histórico en que tuvo lugar el desarrollo de la profecía de Isaías, y enmarcar las circunstancias que propiciaron la redacción final del libro. Esquematisamos la información en dos secciones. La primera describe la situación internacional concerniente a Babilonia y Persia, mientras la segunda menciona los acontecimientos que, durante ese periodo, tuvieron lugar en el seno la comunidad judía.

### *1.1. DE LA ASCENSIÓN DEL IMPERIO BABILÓNICO AL OCASO DEL IMPERIO PERSA*

El infructuoso ataque asirio contra Jerusalén provocó que Senaquerib regresara a su imperio (701 a.C.). Años más tarde fue asesinado por sus hijos, y le sucedió en el trono Asaradón (680-669 a.C.), quien a su vez fue sucedido por Asurbanipal (669-627 a.C.) que consiguió acabar con la insubordinación egipcia, encabezada por el faraón Tirhakah. Sin embargo, durante el reinado de Asurbanipal la potencia asiria comenzó a resquebrajarse. En el año 652 a.C. estalló una revuelta en Babilonia, encabezada por Samas-sum-ukin, hermano de Asurbanipal. Éste sofocó la revuelta después de una lucha encarnizada que sacudió los cimientos del imperio. La muerte de Asurbanipal coincidió con una serie de revueltas en todo el imperio. Mientras tanto los babilonios, capitaneados por el príncipe caldeo Nabopolasar (626-605 a.C.), derrotaron a los asirios de Babilonia, y Nabopolasar asumió el trono de Babilonia como entidad independiente de Asiria. Los medos, guiados por Ciaxares, se unieron a los babilonios para acosar a los asirios. El ejército formado por babilonios y medos tomó Nínive (612 a.C.), capital de Asiria. El emperador asirio Sin-sar-iskum murió en el asedio. Su sucesor Assur-uballit II pereció en el 609 a.C., con lo que desapareció el Imperio asirio. Los medos se conformaron con afianzar sus posesiones en el Norte y el Oeste, mientras los egipcios y babilonios se disputaron el territorio del extinto Imperio asirio.

Cuando murió el caudillo babilónico Nabopolasar, le sucedió en el trono Nabucodonosor. El imperio babilónico mantuvo su consistencia durante el reinado de Nabucodonosor II (605-562 a.C.). El rival más importante de los babilonios fue Ciaxares, rey de Media, quien antaño se había aliado con Nabopolasar, rey de Babilonia, para certificar con la toma de Nínive el ocaso definitivo de Asiria (612 a.C.). Mientras Nabucodonosor consolidaba su posición en Mesopotamia, Siria y Palestina, Ciaxares reforzaba las bases del Imperio medo y establecía la capital en Ecbátana. Ciaxares alcanzó Asia Menor y entró en conflicto con Alyattes, rey de Lidia. Nabucodonosor, haciendo uso de su preponderancia internacional, fijó la frontera entre los imperios medo y lidio en el río Halys.

Tras conquistar Jerusalén, Nabucodonosor realizó campañas militares en el Oeste para sofocar la inquietud sembrada por las insidias del faraón Apries (589-570 a.C.). Nabucodonosor asedió Tiro durante trece años y fustigó Celesiria, Judá, Moab y Amón. Los griegos, en el año 570 a.C., derrotaron al faraón Apries (589-570 a.C.). El ejército egipcio se rebeló; como fruto de la revuelta, el general Amasis se proclamó faraón. Nabucodonosor aprovechó la ocasión y emprendió una campaña de castigo contra la potencia del Nilo para impedir futuras agresiones de Egipto contra Babilonia.

Cuando murió Nabucodonosor (562 a.C.), comenzó el declive de Babilonia. Nabucodonosor II fue sucedido por su hijo Amel-Marduk (562-560 a.C.), denominado por la Escritura Evil-Merodak, que liberó de la prisión a Jeconías (véase 2 R 25,27-30). Amel-Marduk fue destronado por Nergalséer (560-556 a.C.), quien murió en combate al cabo de cuatro años (556 a.C.) y dejó en el trono a un hijo menor de edad, Labasi-Marduk, que fue destronado por Nabonid (556-539 a.C.).

Nabonid pertenecía a una familia de estirpe aramea originaria de Jarán. Devoto del dios lunar Sin, pretendió elevar a su divinidad predilecta al rango supremo del panteón babilónico y reconstruyó su templo en Jarán. Las innovaciones religiosas le granjearon muchas enemistades, sobre todo, el desprecio por parte de los sacerdotes de Marduk. La rebelión de parte de los ciudadanos babilónicos obligó al rey a trasladar su residencia al oasis de Teima, en el desierto de Arabia, al sureste de Edom. El monarca dejó la administración de Babilonia en manos de su hijo Bel-sarusur. La división religiosa

provocada por la irrupción del culto al dios Sin, junto con la lejanía que mantenía el rey con los centros de gobierno, sembró la confusión política y religiosa en el Imperio.

Cuando murió el rey medo Ciaxares, le sucedió su hijo Astiages (585-550 a.C.). Durante el reinado de éste, un rey persa, vasallo de los medos, Cambises I (600-559 a.C.), hijo de Ciro I, contrajo matrimonio con Mandane, hija de Astiages, rey de los medos. El hijo de Cambises I y Mandane fue Ciro II el Grande (559-530 a.C.). Éste, con la intención de debilitar a los medos, formó con el faraón Amasis (570-526 a.C.) y con Cresos (560-546 a.C.), rey de Lidia, una alianza militar. Conquistó Ecbátana, destruyó a Astiages y se convirtió en rey de medos y persas (550 a.C.). Nabonid, temeroso de la pujanza del nuevo monarca, alteró las alianzas internacionales y formó con Amasis y Cresos una alianza contra el rey persa. Ciro reaccionó y conquistó Sardes (547/6 a.C.), incorporando de ese modo el territorio lidio a su imperio. Ciro prosiguió con sus conquistas: dominó la mayor parte de Asia menor hasta el mar Egeo, atravesó Hircania y Partia y llegó al río Yakartes. Ciro II había alcanzado el mayor imperio conocido hasta entonces.

La conquista de Babilonia se produjo con gran facilidad. Nabonid había perdido la Alta Mesopotamia, al igual que la provincia de Elam, cuyo gobernador, el general Gobrias, se había pasado a las tropas de Ciro y realizaba incursiones contra el territorio babilónico. Los cambios culturales emprendidos por Nabonid habían provocado la desconfianza del pueblo. El ejército de Nabonid fue derrotado en la batalla de Opis (539 a.C.), y Ciro entró triunfante en Babilonia y aclamado como libertador. Ni la capital, Babilonia, ni ninguna otra ciudad circundante fue destruida. Ciro restauró (y practicó personalmente) el culto al dios Marduk, desterrado antaño por Nabonid. Ciro llegó a proclamar que gobernaba Babilonia por decisión del dios Marduk. Instaló a su hijo Cambises como su representante personal en Babilonia, y hacia el año 538 a.C. todo el oeste de Asia, hasta la frontera con Egipto, le pertenecía.

La política de Ciro se caracterizó por la magnanimidad con que trató a los pueblos conquistados. La Sagrada Escritura muestra la magnificencia del llamado “Edicto de Ciro” (Esd 1,2-4; 6,3-5), mediante el que permitía a los judíos deportados regresar a Jerusalén

y reconstruir el Templo. Cuando Ciro murió en combate contra los pueblos nómadas que vivían más allá del río Yakartes, le sucedió en el trono su hijo Cambises (530-522 a.C.). Cambises incorporó el país del Nilo al Imperio persa (525 a.C.) y consiguió la sumisión de los griegos de Liban, Cirene y Barca.

Sin embargo, a partir del año 522 a.C., el Imperio persa sufrió trastornos que amenazaron con resquebrajarlo. Cuando Cambises atravesaba Palestina, regresando de Egipto, tuvo noticias de que Gaumata había usurpado el trono y había recibido el acatamiento por parte de las provincias orientales del Imperio. Cambises se suicidó (522 a.C.) y un oficial de su séquito, Darío, hijo del sátrapa Histapes, y miembro de la familia real por línea colateral, reclamó el trono. Darío apresó a Gaumata y lo ejecutó. La ascensión del trono por parte de Darío I Histapes (521-486 a.C.) tiñó el país de revueltas. En la misma capital, Babilonia, Nidintunbel se erigió a sí mismo como rey con el nombre de Nabucodonosor III, y consiguió mantenerse en el trono algunos meses hasta que fue depuesto y ejecutado por Darío. Los disturbios se extendieron por Media, Elam, Persia, Armenia, y por toda la extensión de Irán, alcanzando Egipto y Asia menor. Las revueltas tenían color nacionalista, pues cada región perseguía desgajarse del Imperio.

Las dificultades de Darío para afirmar el trono fueron muchas, y no llegó a asegurar la corona hasta finales del 520 a.C. Darío llevó el ejército hasta el Indo, por el Oeste, a lo largo de la costa africana hasta Bengazí, y por el Norte, a través del Bósforo, embistió contra los escitas. Su imperio se extendía desde el valle del Indo hasta el mar Egeo, desde el Yaxartes hasta Libia; y, en Europa, incluía Tracia y una franja de los Balcanes a lo largo del Mar Negro, al norte del Danubio. Darío confirmó al imperio una organización administrativa férrea. Lo dividió en veinte satrapías; Palestina y Siria constituían la quinta satrapía y Egipto la sexta. Cada satrapía estaba gobernada por un sátrapa que dirigía la región con un amplio poder autonómico, aunque, eso sí, vigilado por militares directamente responsables ante el rey. El sistema de gobierno pretendía equilibrar el dominio de la autoridad central con un cierto grado de autonomía local. Darío I construyó Persépolis, unió el Nilo con el Mar Rojo a través de un canal, dotó al imperio de buenas vías de comunicación, desarrolló un

sistema de monedas y fortaleció el comercio. Durante su reinado, el Imperio persa alcanzó su máximo desarrollo. Sin embargo, fracasó en el intento de conquistar Grecia: la escuadra persa fue destruida por una tormenta frente al monte Athos y su ejército fue derrotado por los griegos, al mando de Alcibíades, en la llanura de Maratón (490 a.C.).

Cuando murió Darío I, subió al trono su hijo Jerjes (486-465 a.C.). El nuevo monarca aplastó la revuelta que había estallado en Egipto poco antes de la muerte de su padre (485 a.C.), y un poco más tarde reprimió con violencia la revuelta que se había encendido en Babilonia (482 a.C.). Pacificado el imperio, Jerjes decidió la invasión de Grecia. Construyó un puente sobre el Helesponto, penetró en Macedonia y derrotó a los espartanos en las Termópilas, conquistó Atenas y la incendió. Sin embargo, la reacción griega no se hizo esperar. La escuadra persa fue vencida en la batalla de Salamina, el ejército derrotado en Platea (479 a.C.), y el resto de la flota fue destruido en las proximidades de Samos. Finalmente, los persas fueron vencidos junto a la orilla del río Eurymedón (466 a.C.), y Jerjes desistió del intento de apoderarse de Grecia.

Jerjes murió asesinado y le sucedió su hijo Artajerjes I Longimano (465/4-424 a.C.), quien apartó al heredero legítimo para alcanzar el trono persa. El comienzo de su reinado coincidió con el ataque de los griegos contra Chipre. Más tarde, en el año 460 a.C., se rebeló Egipto, bajo la égida de Inaros, dinasta libio que contaba con el apoyo de Atenas. El bajo Egipto se sacudió el dominio persa, con excepción de Menfis, que fue asediada por los persas. El ejército persa, dirigido por Megabyzus, sátrapa de Abar-nahara, reconquistó Egipto (ca. 456 a.C.), y con la ejecución de Inaros (454 a.C.) concluyó la revuelta. A pesar de la victoria, el señorío persa sobre Egipto comenzó a manifestar su debilidad. Megabyzus se rebeló contra Artajerjes I (449/8 a.C.), y las autoridades persas tuvieron que establecer un pacto con el disidente para que continuara gobernando Egipto. Por otra parte, las tropas griegas acosaron al ejército persa, cuyo emperador tuvo que firmar la paz de Calliás (449 a.C.). Como consecuencia de ese tratado, las ciudades de Asia Menor, aliadas de Atenas, recibieron la libertad; el ejército persa se comprometía a no cruzar el este del río Halys y su flota debía abstenerse de navegar por el Egeo.